

Nixon y la prensa: Uso y abuso de una relación

HENRY RAYMONT

Es notable cómo Richard M. Nixon periódicamente domina el escenario político estadounidense para preconizar la necesidad de apoyar al régimen de Moscú, el temible adversario de toda su carrera política. Es igualmente notable cómo un ex presidente estadounidense, obligado a renunciar para no ser enjuiciado por cargos de violar la Constitución, ha logrado proyectarse como oráculo en materia de política internacional por medio de una prensa que él había denunciado como su más encarnizado enemigo en el ámbito nacional.

No hay duda que a través de sus artículos, viajes y conferencias Nixon se ha convertido en el personaje político que más efectivamente supo movilizar los resortes del poder para lograr una masiva ayuda política y económica para el gobierno de Boris Yeltsin. Primero, Nixon obligó al presidente Bush a desprenderse de su lealtad hacia Gorbachov para darle un decidido espaldarazo a Yeltsin. Una vez que Clinton llegó al poder, Nixon realizó un viaje a Moscú ampliamente publicitado como trampolín para una acción análoga con el nuevo gobierno.

Efectivamente, a su regreso el octogenario ex presidente se reunió con Clinton para hacer énfasis en la gravedad de la desarticulación de las ex repúblicas soviéticas y en la urgencia de acelerar la ayuda a fin de fortalecer la posición de Yeltsin. "No podemos perder la guerra fría después de haberla ganado", fue el refrán que Nixon empleó con Bush y Clinton y luego hizo circular por todo Washington. Comentando la visita, Clinton le confió a sus asesores que consideraba a Nixon un personaje "fascinante".

El constante éxito de Nixon por ganar la atención pública e influir en la política exterior de Washington fue objeto recientemente de un interesante análisis publicado por la Universidad de Harvard. El estudio considera la reciente actividad del ex presidente "un ejemplo ideal" para ponderar la complejidad de la interacción entre la prensa y la política. Advierte además cómo Nixon y otros políticos astutos se ingenian para manipular a los medios de comunicación si éstos no se mantienen vigilantes.

Su autor es el veterano periodista Marvin Kalb, director del Joan Shorenstein Barone Center on the Press, Politics and Public Policy del John F. Kennedy School of Government de Harvard. Kalb fue corresponsal en Moscú de la cadena de televisión CBS y durante muchos años dirigió el famoso programa Meet the Press de la NBC desde Washington.

Al comentaren términos generales la connotada y ambigua relación que Nixon ha mantenido con la prensa, Kalb escribe:

"A través de los años este político ha logrado una extraña y fascinante relación con la prensa. Nunca le gustaron los periodistas, sin embargo conoce su valor; ellos nunca tuvieron simpatía por él ni se sentían cómodos en su presencia, sin embargo saben reconocer una buena noticia. Juntos, este político y la prensa crearon la más extraña relación de odio y amor en la reciente historia estadounidense, haciendo uso y abuso el uno del otro con extraordinaria frecuencia."

Nixon comenzó su cabildeo para una acción más decidida en apoyo de Yeltsin temprano en 1992, e indirectamente ingresó en la refriega política de ese año electoral,

anota Kalb, porque a su juicio el presidente Bush no había entendido bien la magnitud del movimiento revolucionario que estaba ocurriendo en Rusia. Habiendo sido uno de los propagandistas republicanos que inventaron el lema político de que los demócratas "perdieron a la China", Nixon temía que los demócratas utilizaran el lema "¿Quién perdió a Rusia?" en caso de que grupos de antiguos comunistas o la ultraderecha desplazaran a Yeltsin.

"Nixon ansiaba influir en el curso de la política exterior, pero ¿cómo hacerlo?", pregunta Kalb. "Una vez más Nixon necesitaba de la prensa".

La primera movida en su juego por ganar la atención de la prensa fue publicar un artículo en la revista Time, exhortando a que Estados Unidos asumiera el liderazgo mundial para proveer una mayor ayuda a Yeltsin y evitar otro golpe de Estado de las fuerzas reaccionarias. Pero ese artículo no logró despertar gran interés, quizás porque todavía no criticaba la política de Bush abiertamente.

Entonces Nixon utiliza el tipo de maniobra que mejor había aprendido durante su larga carrera política: tirar un anzuelo a un selecto número de influyentes periodistas -50 para ser exactos- mediante un memorándum personal en el cual criticaba abiertamente la política de Bush calificándola como "pusilánime" y "equivocada". Terminaba con una ruda indirecta: "La marca de un gran líder político no es meramente apoyar lo popular, sino convertir lo impopular en popular si eso sirve al interés nacional".

Escribe Kalb: "Nixon esperaba -de hecho sabía- que el documento tenía que llegar a la luz pública. No todos los días un presidente republicano es criticado por un ex presidente republicano, ahora considerado el (senior statesman) gran estadista del partido".

Lo importante para Nixon era que el documento se hiciera público antes del 11 de marzo, día en que iba a ser el orador principal en una conferencia en Washington, para la que él mismo había dado el tema: "El papel de Estados Unidos en un mundo cambiante". Con esto buscaba darle nuevo ímpetu a su campaña por Yeltsin ya que a la conferencia había invitado a prominentes académicos, políticos, periodistas y antiguos funcionarios de su gobierno, e incluso al propio Bush, quien se vio obligado a tomar como suyos los linchamientos del ex presidente referentes al gobierno de Yeltsin.

De hecho, la reconvención de Nixon a Bush contiene una buena dosis de cinismo. Sin descontar el papel estratégico que Moscú representaba en la posguerra para Washington, cabe preguntar ¿por qué Nixon nunca ha demostrado gestos similares para con las naciones aliadas, especialmente las repúblicas latinoamericanas?

La respuesta yace precisamente en la debilidad que él le atribuye a Bush: como no era un tema popular que podía rendirle votos o cualquier otro capital político, prefirió encauzar sus esfuerzos en otras direcciones, como el combate contra el comunismo en Europa y Asia, y -donde menos existía, pero donde más frutos políticos rendía la demagogia- en el ámbito nacional, en Hollywood, el Departamento de Estado y las universidades.

No hay que olvidar que las primeras experiencias de Nixon en política exterior como vicepresidente se produjeron en este hemisferio cuando el presidente Eisenhower lo envió como "embajador de buena voluntad" a Centroamérica en 1955, y a Sudamérica en 1958.

En esa década, como vicepresidente Nixon jugó un importante papel en las relaciones interamericanas, ya sea por sus aciertos o desaciertos. Los mayores de 50 años todavía se acordarán del dramático episodio que protagonizó cuando durante el viaje de 1958 su presencia precipitó multitudinarias y violentas manifestaciones de protesta. El objeto del ataque de los manifestantes fue la política amistosa del gobierno de Eisenhower con las dictaduras militares de esa década, y Nixon fue lo

suficientemente lúcido en el análisis de los acontecimientos como para no echarle la culpa exclusivamente a "agitadores comunistas" como lo hicieron algunos comentaristas estadounidenses.

Fui uno de los periodistas que lo acompañaron cuando voló inesperadamente de Caracas a Puerto Rico. Recuerdo todavía que después de una larga charla con el gobernador de la isla, Luis Muñoz Marín, Nixon declaró: "De ahora en adelante la política de Estados Unidos será de darle un cálido abrazo a las democracias y una correcta pero fría mano a los dictadores". Esa fue precisamente la frase que le oímos decir al gran cellista Pablo Casáis cuando habló con Muñoz unas horas antes, tras haberse enterado de lo acontecido en Caracas.

Baste con recordar que este incidente fue caracterizado por Nixon como una de las "seis crisis" incluidas en su primera autobiografía. En este libro el entonces ex vicepresidente alegaba unos años después que la turba de Caracas había sido incitada por comunistas y había puesto su vida en peligro. Las lecciones que él pensaba fueron tan fecundas para un nuevo giro en la política de Washington, después de este incidente fueron rápidamente olvidadas.

Cuando llegó a presidente en 1968 la política de Nixon hacia Latinoamérica se caracterizó por su apatía -por no decir antipatía-, con excepción de las operaciones clandestinas que ordenó para desestabilizar al gobierno de Salvador Allende en Chile.

Ahí se nota la contradicción. Aunque era manifiesta la antipatía que Nixon sentía por la prensa, no la marginó como luego lo hizo con Latinoamérica, precisamente porque apreciaba el poder de la primera y desdeñaba la vulnerabilidad de los países vecinos.

Como bien lo destaca Kalb: "Nixon no sólo entiende el poder de la prensa escrita y electrónica, también le da placer el manipuleo de la prensa como una palanca de poder para realizar su propia agenda. El está plenamente consciente de la interrelación entre prensa y política".